

R-1724

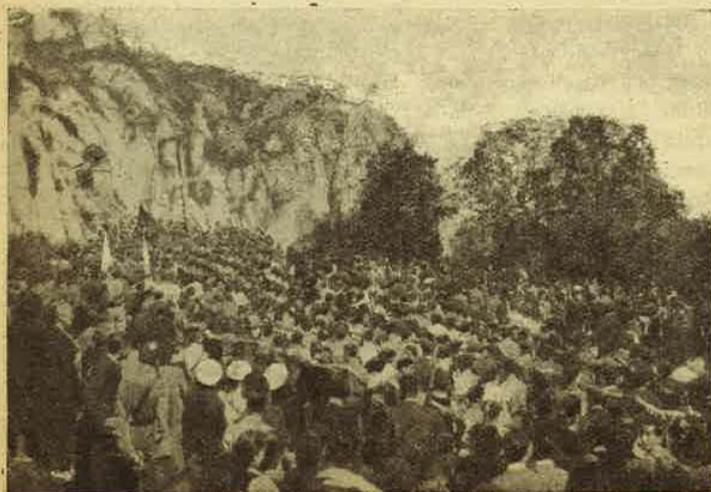
MAYO 1955

UJA
CEDOC
Donatju
J. Cubero

MONTSERRAT

Remembranza

Cuantas gestas de imborrable recuerdo, nos trae a la memoria la mágica palabra «APLEC»: Alpens, San Feliu, San Fausto de Capcentelles, Montserrat... cuando los carlistas, unidos, con la misma Bandera y el mismo Abanderado, divulgaban a los cuatro vientos, con la palabra, la acción y la canción las esencias básicas de nuestro Ideario, a pesar de los sacrificios a que, los regímenes sectarios: liberales, republicanos... nos obligaban, satisfechos de demostrar una vez más su devoción a la Causa.



Ayer

El «aplec» no era ni puede ser, el pasado día 24 lo ha confirmado, ni una simple excursión, ni una romería, ni una comilona más, es un acto político, que se sintetiza en: PIADOSO RECUERDO POR LOS HEROES QUE FUERON, PATRIOTICA DIVULGACION DE NUESTROS PRINCIPIOS Y FRATERNAL SOLAZ CON LOS COMPAÑEROS DE LUCHA.

Dada la extraordinaria importancia de los mismos y para el mejor servicio de España y de su Rey Don Javier I, incrementaremos esos «aplec» tan típicos de Cataluña — una de las Españas de más acendrado carlismo — procurando celebrarlos en cada uno de los lugares donde se encuentren testimonios y vestigios de nuestra personalidad histórica y política, GLORIA DEL AYER, GUIA DE HOY Y ESPERANZA DEL MAÑANA, nuestra probada RELIGIOSIDAD, la GLORIA de nuestros MARTIRES y el triunfo de tan SANTA CAUSA, nos lo exigen. Aprendamos la lección y que los futuros «aplec» no desmerezcan de aquéllos.



Hoy



Montserrat 1935

Montserrat 1955

«Sé intrépido, excelente compañero e incapaz de pactos con sacrificio del ideal. Ordenanza del Requeté, 1936.»

De nuevo el Carlismo, siempre atento al interés de la Patria, ha concentrado a sus requetés, a sus vanguardias, en la Santa Montaña de Montserrat. Los ha reunido solemnemente en un «aplec». «Aplec» del que quedará constancia histórica, como quedó del también celebrado en Montserrat, veinte años antes, en 1935.

Entonces, el Carlismo, por boca de su Jefe Delegado, proclamó la Guerra Santa por la Patria y decretó la movilización general de todos los hombres de buena voluntad para limpiar de la escoria rojo-masónica el territorio nacional, convertido, en aquel entonces, en colonia de la más tenebrosa de las Potencias: la Revolución anticristiana. Y aquel llamado «a las armas» hizo posible el que meses después, con su cortejo de guerreros, reapareciera la vieja bandera roja y gualda guiando a un pueblo que quería renacer.

Pocas veces, en su historia moderna, el pueblo de España, a pesar de las elocuentes aseveraciones de sus «tribunos», ha tenido oportunidad de manifestar su parecer, de celebrar un auténtico «referendum». Pero una de tan contadas ocasiones fué la Cruzada. Entonces el pueblo, sin duda alguna, rubricando las papeletas con sangre y dolor, manifestó, de manera indubitable, su deseo de que España se encontrara a sí misma y volviera a ser un País fuerte, gobernado con honradez, en el que poder vivir con dignidad.

Pero el famoso, por resignado, Juan Español que esperaba ver cristalizar en adecuadas Instituciones el deseo, que de modo tan evidente, manifestara desde la trinchera o desde un calabozo, observa, con evidente malestar, que tal constitucionalización del País sigue siendo un deseo, que no llega a cristalizar. Pues la abundante legislación producida obedece a los más diversos criterios, desde el fascismo descarado al socialismo vergonzante, pasando por el cesaro-papismo y el «chauvinisme» nacionalista, pero lo que difícilmente se encuentra, aunque con benedictina paciencia queramos bucear en ese pié-

lago sin fondo que es el «Boletín», es una disposición a la que, con exclusiva y sin aditamentos, le convenga el adjetivo: español.

Y en este croquis rapidísimo de la institucionalización de la España renacida de la Guerra, de la constitucionalización de ese Estado que deriva su legitimidad del «referendum» tremendo de la muerte y las chekas, nos abstengamos de insistir en problemas como el de la «permanencia» de una magistratura que, si absorbió todo el poder civil, como consecuencia del hecho guerrero, olvida voluntariamente que, según previas estipulaciones, su misión no era otra que la de conseguir la Victoria y preparar las bases de un Nuevo Estado español.

Lo expuesto, lo sobreentendido y lo callado, nos hacen pensar, aun sin quererlo, en la situación creada en España, recién derrotado Napoleón. Todos creían haber vencido y de un modo total, y así fué con las águilas del Corso, pero la ponzoña revolucionaria de que estaban tintas sus garras, se impuso y envenenó nuestro ser nacional. En el Arco de la Estrella de París, constan nombres españoles, Zaragoza, Gerona, , como si fueran victorias, pero la verdadera, la que provocó el hundimiento de nuestro Imperio, las Cortes de Cádiz, esa, que olvido, Bonaparte!, esa no la registraste. Pero el Carlismo que contra la herencia de Robespierre hizo tres guerras, consciente de la tremenda responsabilidad que contrajo con todos sus muertos, sostiene y mantendrá que «mientras España no se estructure según su propio y peculiar modo de ser, la guerra no habrá terminado», la tarea no estará rematada y los que murieron continuarán urgiéndonos, y con qué voz, que cumplamos con nuestro deber», y por ello, por ver que se trata de imponernos, como coronación de esa obra «no calificada», unas Instituciones, la monarquía liberal, que hizo necesaria más de una vez la guerra civil, «en pie y a la orden» lanza su reto, su «non possumus» y se apresta a la nueva lucha. Lucha a la que, como en 1935, invita a todos los españoles de buena voluntad, a todos los que quieren que España sea un País cristiano, limpio, justo y ordenado. Pero también advierte al que inconscientemente o a sabiendas entorpezca esta fase final de la lucha, será, igual que el enemigo de ayer, arrollado, vencido, derrotado y destruido sin compasión y con la misma energía, pues queremos que el sacrificio de un millón de hermanos no sea estéril. Lo hemos jurado, y sólo Dios, que no lo hará, puede absolvemos de tal voto.

En 1935 el Carlismo inició la Cruzada. En 1955 el Carlismo se apresta a terminarla.

Boletín Real

ESTANCIA DE LOS INFANTES EN ESPAÑA

SS. AA. RR. el príncipe Hugo Carlos y las Infantas M.^a Francisca, Cecilia y M.^a Teresa pasaron la Semana Santa en Sevilla, siendo recibidos por Hermanos Mayores en dós de sus famosas Cofradías.

Al coincidir el Sábado de Gloria con la festividad de San Hugo, obispo, onomástica del Príncipe de Asturias, se celebró, también en la Ciudad del Betis, un banquete con besamanos, al que asistió nutrida concurrencia, entre la que destacaba Don Otto de Hauburg con otras notables personalidades. Don Hugo Carlos causó la misma gratísima impresión que los restantes miembros de la Real Familia, ya famosos en Andalucía por su simpatía y llaneza.

Entre los varios actos a que asistieron los Infantes y que aquí, por la brevedad del espacio no reseñamos, destaca, por su importancia política, la concentración carlista celebrada en Carmona, que presidió S. A. cubierto con la boina roja.

En su viaje de regreso, pararon los Reales Hermanos en Zaragoza, donde asistieron a la Misa que, en el Pilar y a su intención, celebró S. E. R. el Obispo Auxiliar de aquella Archidiócesis.

PUESTA DE LARGO DE LA INFANTA DOÑA CECILIA

S. A. la Infanta Cecilia, María, Antonia, Magdalena, Juana, Inés y Francisca de Borbón y de Borbón, tercera hija de SS. MM., nacida el día 12 de abril de 1935, hizo su entrada en sociedad, el pasado día 2 de mayo en curso, en una brillantísima fiesta celebrada en el Ritz de París, cuyos salones vieron la reverencia de los quinientos noventa y dos invitados a una bella y graciosa estudiante de Universidad, amiga del deporte y campeona de tiro.

El vestido de la princesa Cecilia es de raso y tul blancos, muy juvenil y sencillo de trazo. Su única joya, un collar de tres hilos de perlas, regalo de sus Augustos Padres. La serenidad de su belleza, tan natural y espléndida, quedaba realzada por tan adecuado y simple marco.

Abrió el baile, que la Infanta — Infanta de España — exigió que fuera el castizo pasodoble en lugar del clásico minué, del brazo de su hermano Don Hugo Carlos, a quien había concedido Don Javier el honor de su representación.

A la fiesta asistieron representaciones de todas las familias reales, reinantes y en exilio y de la más alta nobleza europea. Los regalos, de que la nueva «mayor» fué objeto, estuvieron en consonancia, por su riqueza y gusto, con la elevada calidad de los invitados.

Unimos nuestra felicitación a la de tan distinguidas personas, deseando a la Infanta toda suerte de prosperidades.

Varias revistas de circulación internacional han publicado amplios reportajes de tal acto.

L'APLEC

Otra vez, la Comunion Tradicionalista de Cataluña honra, de un modo solemne, al Tercio de Requetés de Ntra. Sra. de Montserrat. De todas las organizaciones a las que la Comunion ha dado vida sin duda alguna, la primacia es para el Laureado Tercio, pero al honrarle el honor recae sobre todo el Carlismo, pues sin la Comunion no hubiera existido el Tercio.

La oportunidad, como siempre, fué el cumplimiento de la promesa que sus requetés, en los días tremendos de la guerra, formularon de visitar anualmente a la Reina de los Catalanes y Señora de su Unidad, en su Santuario. Y por ello, el carácter religioso ha destacado en este «aplec». Todo ha sido pospuesto a la Virgen Morena, política, laureada, honores..., todo. El Carlismo defiende a «DIOS» en primer término.

La organización, con el traslado de tantos peregrinos, sus alojamientos, las comidas, etc., fué módica. Felicitamos, oficial y públicamente, a cuantos colaboraron en la misma.

* * *

Si bien se señaló el mediodía, para iniciar los actos con una solemne Misa, a fin de que las representaciones de todas las comarcas, aún las más lejanas, pudieran encontrarse presentes en todos, por la mañana, en la Plaza del Monasterio, se entonaron canciones regionales y se bailaron sardanas a cargo de un grupo y cobla manresanos. Una vez más se vivió el verso «un poble que avança donant-se les mans», cada representación que llegaba se unía a sus hermanos agrandando los anillos de la «dansa més bella, de totes les danses que es fan i es desfan».

En la Real Basílica se establecieron dos presidencias, una de las Autoridades de la Comunion, cuyos dos primeros siales ocupaban los Delegados Nacional y Regional, y otra de los oficiales del Tercio. Ofició el Santo Sacrificio, Mosén N., antiguo combatiente de la Unidad, y la oración sagrada a cargo del Padre T., quien puso de relieve la correlación existente entre ser cristiano y ser carlista, que no son dos modos de ser, sino uno solo, y recordó que Don Alfonso Carlos consagró, en Montserrat, el Reino de España al Corazón de María, y cerró su alocución, con la advertencia de que morir que murieron los del Tercio, era prenda de salvación, pues eran mártires, — testigos — de Cristo.

Terminada la ceremonia religiosa, en la que se bendijo un banderín, todos los millares de carlistas reunidos, se dirigieron al lugar de concentración, donde se puso de relieve, para quien no nos conociera, el valor de un ideal que une, en su defensa, a todas las clases sociales, desde el intelectual y el gran capitalista al trabajador mecánico y al campesino.

* * *

Inició el acto político, el Delegado Regional de Cultura, quien en lengua catalana, por ser el nuestro un acto carlista y en Cataluña, glosó su significación, que era la de ser un toque de «somatent» para continuar, en otro terreno y con otras tácticas, la lucha emprendida por los héroes del Tercio, y acabó, dirigiéndose al Delegado Nacional, «el Carlismo de Cataluña, aquí representado, repite: a las órdenes de Don Javier».

Seguidamente, el Delegado Nacional del Requeté, que con su presencia también realizó el acto, recordó la consigna que diera, ocho años antes, en el mismo lugar: mantener y defender la verdad de nuestros principios, añadiendo que hoy, después de la lucha soportada, podía afirmar que Cataluña y sus carlistas habían cumplido con su deber. El espíritu y el entusiasmo de entonces, es el de ahora, es el de siempre.

A continuación, el Delegado Nacional subió a la improvisada tribuna y después de lamentarse de no poder hablar nuestro idioma, se refirió a que la presencia de tan nutridas representaciones era suficiente réplica a lo de «pequeño grupo» y la laureada del Tercio a lo de «excluidos de la Cruzada». Evoó la fidelidad de los carlistas a la Monarquía Tradicional y les previno contra una posible Monarquía que tenga de tradicional sólo el nombre. Recordó la visita de los Infantes a Sevilla, durante la Semana Santa y la impresión que, el no poder encontrarse en Montserrat en el «aplec», causó en Don Hugo Carlos, quien le entregó su boina con el encargo de que la llevara puesta como su representante personal.

Ni que decir tiene que el entusiasmo que produjeron en el auditorio los parlamentos reseñados, se tradujeron en estruendosos «vivas» y en el canto de un «Oriamendi», al que si los músicos podían objetar algo, hizo enternecer a muchos.

* * *

Después del banquete, celebrado en el Restaurante del Monasterio, habló Mosén N., el celebrante, para anunciar la pronta aparición de la tan esperada «Historia del Tercio» y el traslado de sus muertos a Montserrat, para que, hasta el día del gran reconocimiento, reposen a los pies de la Reina a la que quisieron servir.

Otros de los presentes también hicieron uso de la palabra. Destacando el Delegado Nacional del Requeté, quien hizo una glosa adaptada a las circunstancias de la letrilla: «Yo tenía una bandera, hecha de sangre y de sol, me dicen que no la quiera, yo ya no soy español, soy de una tierra cualquiera», y el Delegado Nacional, quien cerró los brindis, con una magnífica lección de carlismo, al dedicar a oídos tan críticos como los de los catalanes, al exponer el regionalismo propugnado por la Comunion, entero, total, sin claudicaciones ni limitaciones.

Después, ya cerca de las seis de la tarde, nuestras Autoridades recibieron a una representación que, habiendo sufrido, a primeras horas de la mañana, una avería el autocar que les conducía, se les advirtió que no podrían llegar a Montserrat hasta mediada la tarde en el mejor de los casos, por lo que los transportistas les recomendaban desistieran del viaje, pero son carlistas y sin comer y a aquellas horas asistieron al «aplec».

Finalmente, con una Salve de despedida, se cerró el Montserrat 1955, trasladándose cada representación a sus comarcas de procedencia, para hacer partícipes a los correligionarios que no pudieron asistir del aliento y alegría de que eran portadores.

BASTA DE INTRIGAS

Alguno hay, que con llamarse tradicionalista de los «buenos» el ser monárquico le basta: Monárquico, se entiende, de una monarquía sin Rey ni Dinastía. Porque según él este pequeño detalle no tiene demasiada importancia para la integridad de los principios, muy por encima de los Príncipes por quienes no se luchó y sí por la Doctrina que ellos representaban. Bien sabido es, sigue dogmatizando, que el Rey es para el pueblo y no el pueblo para el Rey!!! Dicho esto nuestro hombre queda satisfecho y descansado, sobre todo muy descansado.

De no exigirlo los momentos actuales en que el enemigo está vigilante pronto a dar la zarpada, no perderíamos el tiempo ni en el más mínimo comentario, pero nos conviene a todos vivir alerta y obligación nuestra es salir al paso de cualquier insidia.

Así, pues, quien se tome la pequeña molestia de reflexionar un poco, verá cuan inseparables son Rey y Doctrina, ya que sin monarca legítimo, ésta es totalmente imposible de implantar.

En la persona física del Rey legítimo están todas las garantías del triunfo, pues pretender otra cosa, aparte de mutilar nuestros gloriosos lemas, es conducirnos al más absoluto de los fracasos, siendo él quien mueve las voluntades y hace que se movilicen nuestros recursos.

Van como ejemplo tres anécdotas, relativamente recientes, de cuya más auténtica veracidad respondemos.

*
**

Por las leales tierras del Maestrazgo, en uno de los viajes de Don Javier, de entre la ingente multitud que le aclama, logra abrirse paso un venerable anciano; en años viejo, de espíritu joven, y besando su mano exclama: Gracias, Dios mío! He visto al Rey, ya puedo morir.

(De escenas como ésta, la Historia del Carlismo está saturada.)

*
**

Altar de San Carlos, en la Catedral de Trieste. Un nutrido grupo de buenos españoles se disponen a con-

memorar el primer centenario de la muerte de Carlos V. Al pie del ara unas frías losas de mármol negro cuyas inscripciones indican guardan los despojos de varios de nuestros reyes. A su vista, unos bravos mozos navarros, recios y fuertes, uno de ellos con inequívocas señales de su paso por la guerra, a pesar de su temple e ímprobos esfuerzos, son incapaces de evitar corran unas lágrimas por sus mejillas.

*
**

En París se celebra un congreso internacional de periodistas católicos. Asiste una representación española, que tiene el honor de conseguir ser recibidos en audiencia por el Rey, casualmente en aquella capital. A la salida, uno de ellos de ascendencia carlista, manifiesta profundamente impresionado: Desde ahora un grave deber de conciencia me obliga a trabajar con todas mis fuerzas por la Causa Tradicionalista.

*
**

¿Fue la «Doctrina» la que impulsó al veterano, colmó de emoción y coraje a los dos requetés y produjo esa magnífica reacción de lucha en quien conociendo de sobras los «Principios» no se creía obligado a hacer nada para su triunfo?

No nos engañemos ni se pretenda crear utópicas discriminaciones entre Rey y Monarquía que a nadie pueden convencer, salvo a quienes por mezquinos intereses del orden que sean, les convenga el simulacro de dejarse alucinar.

Sin ninguna duda. La defensa de la Santa Causa exige imprescindiblemente la garantía de su abandono; en esto estriba principalmente el enorme abismo, del todo infranqueable, que separa la Dinastía Liberal de la Carlista, y que no lo olviden quienes con sus cantos de sirena pretendan conseguir sus turbios fines: seguirán las leales masas carlistas dispuestas como siempre a cualquier sacrificio, fieles a Don Javier y prontas, «cueste lo que cueste», a no dejar se malogren una vez más los derechos del Rey Legítimo y con ellos la única salvación de España.

....Sin embargo, la cuestión dinástica es tan importante para Vdes. que si desapareciesen sus símbolos (Reyes legítimos) no tendrían más remedio que aceptar los que ahora consideran opuestos. (Dinastía liberal).

—De ninguna manera.

—¿Cuál sería entonces la rama heredera?

—LA DE PARMA, INFANTES NATOS DE ESPAÑA, QUE SE HA MANTENIDO FIEL A LA DINASTIA PROSCRITA RECONOCIENDO SU JEFATURA Y PROCLAMANDO SU DERECHO.

(Vázquez de Mella en unas declaraciones a un periodista, publicadas en el número 6.787 del «Heraldo de Madrid» el 28-6-1909).